

me calaré la celada
y pondré al caballo espuelas.»

—«Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea,
que mas aceite que sangre
manchando el hábito muestra.»

—«Callede, le dijo el rey,
en mal hora que no en buena;
acordarse vos debía
de la jura y la ballesta.

—«Cosas tenedes el Cid,
que harán hablar las piedras,
pues por cualquier niñería
faceis campaña la iglesia.»

Postrado en su cama está el Cid, doliente y abatido. La muerte bate sobre él sus negras alas. Su familia, sus amigos y deudos le rodean. Bien pronto le abrirá la eternidad sus puertas.

Todos le lloran, y el moro, que su enfermedad ha sabido, se adelanta audaz y orgulloso.

Las últimas palabras del Cid son para decir que se le entierre en San Pedro de Cardena.

Valencia entera llora la muerte del bravo entre los bravos. Los cristianos están consternados y los sarracenos se adelantan, se adelantan y amenazan pasarlo todo á sangre y fuego. Dios inspira á los buenos una idea repentina. Combatir sin el Cid á su cabeza, vencer sin él lo hallan imposible. Imposible? No, combatirán, vencerán con el Cid.

Aprestan el cuerpo del difunto como para entrar en batalla. Vistenle la loriga, le ponen el yelmo y el escudo, cubren su pecho con la roja insignia honor y á un mismo tiempo asombro del mundo, y le colocan á caballo de su Babieca, en alto el brazo que empuña la terrible Tizona.

De esta manera salen con su capitan sin alma y acometen á los moros que asustados al ver al Cid, á quien creían enfermo, se dejan arrollar y vencer.

He ahí como Don Rodrigo muerto ganó aun una batalla y puso en fuga al moro Bucar.

Tal es la cabaleresca balada del Cid.

III.

LA CAPILLA DE LOS HÉROES.

El cadáver del Cid fué transportado desde Valencia con el respeto y aparato propios de un emperador, y las puertas de su monasterio tan querido se abrieron para recibirle en sagrado depósito, como mas tarde debian irse abriendo para recibir á los caballeros de su mesnada.

He ahí como habla la crónica al llegar á este punto.

«El tercer dia despues que Don Alonso llegó á San Pedro de Cardena, quiso enterrar el cuerpo del Cid é supo el rey lo que dijera Doña Jimena Gomez sobre ello que non queria que se enterrase, é túvolo por bien: é mandó traer el su escaño que él levara á las cortes de Toledo, é mandólo poner á mano derecha del altar de San Pedro: é pusieron sobre él un paño de oro muy noble..... é mandó facer un tabernáculo sobre el escaño muy noblemente labrado con oro é azul é pintadas en él las señales del rey de Castilla, é de Leon, é del rey de Navarra, é del infante de Aragon, é las del Cid Ruy Diaz Campeador. É de si el rey Don Alonso, é el rey de Navarra, é el infante de Aragon, é el obispo Don Hieronimo por facer honra al cuerpo del Cid llegaron á ayudar á sacar el cuerpo del Cid entre las tablas que lo metieron en Valencia. É desque le vieron sacado, estaba el cuerpo á tan yerto, que se non doblaba á ningun cabo: é su carne, á tan lisa é á tan colorada, que non semejaba que era muerto, é tovo el rey que se podia facer bien lo que queria é que habia comenzado. É vestieron el cuerpo de un tartari muy noble, é de unos paños que le enviara el

gran Soldan de Persia, é calzaronle unas calzas de aquel paño mesmo é asenaronle en el escaño que el rey Don Alonso mandó guisar: é pusieronle en la mano izquierda la su espada Tizona con su vaina, é con la mano derecha tenia las cuerdas del manto. É así estuvo en esta guisa en aquel lugar el cuerpo del Cid diez años é mas...!»

A la crónica se une la balada. Una se cuenta y refiere de cuando estaba el Cid en aquel sitio y en aquella postura.

Es tan original como curiosa.

Mucha gente iba á ver al Cid sentado en una especie de trono, pues que no parecia muerto sino vivo. Acaeció una vez que el cadáver se quedó solo sin nadie que le acompañara y vigilara. Un judío entró en el templo y comenzó á contemplarle con asombro y curiosidad á un mismo tiempo, diciéndose á sí mismo:

— He ahí el cuerpo del Cid, del gran héroe cuyo nombre lo llena todo. Hanme dicho no pocas veces que, mientras vivo, nadie osó llevar una mano á su barba. Inerte y frío yace ahora, su corazón no palpita, helados están sus brazos..... Qué vacilo pues? Voy á tirarle de la barba y por Abraham! que he de ver el gesto que me pone. Fuera miedo!

Y el miserable judío avanzó la mano, pero antes que la noble barba hubiese sido tocada por la punta de sus dedos, el esposo de Jimena hizo un movimiento, llevó la mano derecha á su Tizona y sacó de la vaina un palmo de acero.

Aterrorizado el judío se hizo dos pasos atrás y cayó desvanecido en el suelo. Allí le hallaron los primeros que acertaron á entrar en la iglesia. Contóles la aventura y en seguida, cambiando de religion, entró en el monasterio con el nombre de Diego Gil.

Muerto el Cid, su esposa Doña Jimena no abandonó los restos del héroe durante la angustiada viudez en que la habia dejado. Bañada en lágrimas continuamente, imponiéndose vigiliass repetidas y anhelando dejar un mundo que le ofrecia ya tan pocos atractivos, logró por último descansar bajo la losa sepulcral de su esposo, y fueron ambos enterrados en medio de la iglesia.

No obstante, destino parecia del Cid llevar una muerte tan agitada como habia sido su vida.

En el año 1272 Don Alonso el Sabio queriendo honrar su memoria, mandó labrar un sepulcro compuesto de dos grandes piedras para colocar el cuerpo de Rodrigo. A esta nueva morada que se hallaba junto á la epístola fueron trasladadas sus cenizas, y en lugar mas bajo, en una tumba de madera primorosamente labrada, se colocó el cadáver de Doña Jimena. El sabio monarca

compuso tambien unos versos que se inscribieron sobre la tumba del héroe y que así dicen, pues todavia se conservan en la piedra:

BELLIGER INVICTUS, FAMOSUS MARTE TRIUMPHIS

CLAUDITUR HOC TUMULO MAGNUS DIDACI RODERICUS.

OBIIT ERA M. C. XXXVII.

Por muchos años estuvo allí, pero cuando en 1447 derribaron la iglesia para darla mas amplitud, solidez y suntuosidad, removiéronse todos los sepulcros y colocóse el del Campeador frente de la sacristía, descansando sobre cuatro leones.

Tampoco aquí le concedieron por muchos años el reposo y, viendo que servia de estorbo para el servicio del altar, le trasladaron con extraordinaria solemnidad y con una concurrencia en que se notaban personas hasta del vecino reino de Francia, arrimándole á la pared del Evangelio (4).

Don Pedro Fernandez de Velasco, duque de Frias y condestable de Castilla, dió aviso al emperador Carlos V que residia á la sazón en Flandes, suplicándole en nombre de la ciudad de Burgos y en el suyo propio se sirviese mandar al abad de Cardena que volviese el sepulcro del Cid al sitio que anteriormente ocupaba por ser mas decoroso y honorífico. Accedió el emperador á esta demanda, y por medio de real provision fechada en 14 de Julio de 1544 hizo que el espresado sepulcro apareciese de nuevo en medio de la nave mayor.

Pero, ni aun así logró quedar tranquilo. A principios del siglo pasado, se mudó, con facultad de Felipe V, á una capilla nueva destinada para panteon de los condes y esclarecidos personajes que se citarán mas abajo y que fué llamada *capilla de los héroes*.

Al rededor de su tumba habia muchas armas y trofeos y en su base se leían los versos siguientes:

QUANTUM ROMA POTENS BELLICIS EXTOLLITUR ACTIS,

VIVAX ASTHURUS FIT GLORIA QUANTA BRITANNIS,

NOBILIS E CHAROLO QUANTUM GAUDET FRANCIA MAGNO

TANTUM IBERIA DURUS CID INVICTUS CLARET.

Tambien en la pared inmediata al sepulcro, suponiendo que el Cid dirigia la

(4) Don Rafael Monje al hablar de esta tercera traslacion dice, al contrario, que se hizo observando la mayor reserva á fin de que no se divulgase la noticia. Sin embargo, no me parece tan fundada esta opinion como la indicada arriba.

palabra á los que visitaban su tumba, se leían estas palabras tan pomposas y nobles como nutrida de cadencia su prosa:

Cid Ruy-Diez só, que yago aquí encerrado, é venci al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes los veinte y dos murieron en el campo. Vencilos sobre Valencia, desde yo muerto encima de mi caballo. Con esta son setenta y dos batallas, que yo venci en el campo. Gané á Colada é á Tizona, por ende Dios sea loado. Amen.

Estaba de Dios que ni en este sitio y capilla habia de tener reposo. Cuando las águilas imperiales de Napoleon traspasaron los Pirineos, el general francés Thibaut, gran entusiasta y admirador del héroe español, hizo trasladar sus huesos á Burgos donde los recibió con todos los honores de generalísimo, colocándolos en la amena márgen del Arlanzón, en un vistoso monumento y entre un pintoresco jardín.

De allí volvió á ser restituido el Cid al monasterio, donde permaneció hasta el año 1842 en que de nuevo fué trasladado á Burgos y colocado en el salón del palacio del Ayuntamiento.

Allí descansa por ahora hasta que se le antoje nuevamente á alguno remover otra vez su sepultura.

En la capilla de los héroes estaba el noble Rodrigo rodeado de una ilustre corte de muertos y entre tumbas donde descansaban los siguientes personajes:

En primer lugar su esposa Doña Jimena, la cual ya hemos visto en San Juan de la Peña que aquellos monges pretendían haber sido trasladada á su monasterio. Muchos escritores dicen que era Doña Jimena hija del conde Don Gomez de Gormaz. La balada la supone hija del ofensor del padre de Rodrigo. Sandoval no la cree sino hija del conde don Diego de Asturias y nieta del rey Don Alfonso de Leon V de este nombre, el que dió fueros á Leon y reformó el reino, que bien por cierto lo necesitaba.

Al lado de la epístola.

Fernan Gonzalez, hijo del conde Don Pedro, nieto del conde Fernan Gonzalez.

Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid.

Alvaro Alvarez, sobrino del Cid.

Doña Juliana, hija de Anton Antolinez de Burgos y mujer de Don Fernando Diaz.

El conde Don Pedro, hijo del conde Fernan Gonzalez, hermano del conde Garcí Fernandez.

Don Nuño Alvarez de Lara.

Hernan Cardeña, caballero del Cid.

Doña Teresa, muger de Don Diego Lainez, hija del conde Don Nuño Alvarez, madre del Cid.

Ordoño, sobrino del Cid.

Martin Pelaez, el Asturiano.

Don Ramiro Sanchez, rey de Navarra, yerno del Cid.

Doña Elvira, reina de Navarra, hija del Cid.

Don Diego Rodriguez, hijo del Cid, al cual mataron los moros en la batalla de Consuegra.

Al lado del evangelio.

Gonzalo Nuño, hijo del conde Don Pedro, nieto del conde Fernan Gonzalez.

Pedro Bermudez, sobrino del Cid y su capitán.

Martin Antolinez, sobrino del Cid.

Don Bermudo Sandinez.

Lain Calvo, el célebre primer Juez de Castilla, antecesor del Cid.

Don Gomez de Gormaz.

Fernando Alonso, sobrino del Cid.

Don Diego Lainez, padre del Cid.

Doña Fronilde, hija del conde Fernan Gonzalez.

Don Alvar Yañez Minaya, primo del Cid que ganó de los moros á Cuenca.

Don Ramiro, rey de Leon, hijo del rey Don Alonso el Magno.

Doña María Sol, reina de Aragon, hija del Cid.

Don Sancho, rey de Aragon.

Cerca del altar mayor se ven cuatro epitafios.

PRIMERO.

Regina Catholica Doña Sanctia Theodorici Italice regis conjux, prima quæ monachus in Iberiam vocavit et hoc construxit cœnobium. — Obiit æra D.LXXX.

SEGUNDO.

Theodicus infans Sanctie reginæ filius hic et obiit et conditus est, simulque cœnobium constructum. — Æra D. LXXXV.

TERCERO.

Aquí yace Garcí Fernandez, conde de Castilla, hijo del gran Fernan Gonzalez. — finó era M.XXXIII.

CUARTO.

Aquí yace la condesa Doña Ava, muger del conde Garcí-Fernandez y nieta del emperador Don Enrique.

Por lo demás, ya lo hemos indicado, cualquiera que se halle aunque solo sea someramente enterado de las consideraciones que de todos los monarcas españoles ha merecido el monasterio de Cardena desde que se hizo depósito de mártires y tumba del Cid y su familia, se imaginará un edificio suntuoso, cual corresponde al grado de nobleza que entre todos los de su orden le distinguen. Nada de esto. Monje se contenta con hacer de él esta ligera descripción:

«Desprovisto de adornos artísticos, solo se advierte en el frontispicio central una imágen ecuestre del Cid, las armas de Castilla y de Leon, y unos rostros esculpidos al lado de los blasones de Cardena. Las efigies del Campeador, la de Don Alonso III, el ámbito y embovedado de la iglesia como obras del siglo XV, mas que todo las dimensiones gigantescas de los numerosos departamentos que comprende el monasterio en general, ocupan la atencion y la recrean, pero sin mostrarnos otros vestigios de su primera fábrica que unas columnillas (dignas por ello de estudiarse) empotradas á la pared perteneciente al claustro de los mártires. El ornato de los sepulcros reunidos en la capilla de San Sisebuto es de mal gusto. Designa cada cual de ellos una lámina colocada simétricamente en la pared, que contiene además del epitafio, las armas de la persona que allí yace. Aislado en el centro se ve el lucillo del Cid desmantelado y vacío por haber sido últimamente exhumados sus venerables despojos!»

Este monasterio yace hoy abandonado. Este religioso asilo tan nombrado en nuestras leyendas, tan famoso en nuestros populares cantos, tan acreedor á los recuerdos de todos los hombres pensadores, tan respetable por sus títulos de gloria, muestra en el dia las evidentes señales de la inclemencia del tiempo y de la mano de los hombres. Aislado en los páramos de Castilla, se va desmoronando como un sueño, como si le hubiesen marcado con el sello de una eterna maldición.

El dia que caiga su última piedra se habrá borrado de nuestras páginas de oro una de nuestras glorias!

IV.

LOS BENEDICTINOS.

Ya en lo que llevamos de esta obra hemos tropezado varias veces con monasterios pertenecientes á esta orden ilustre por varios conceptos.

Hora es pues de que digamos algo de ella.

Escritores imparciales, se lo debemos á los recuerdos gloriosos que nos ha dejado, á las huellas imborrables que han impreso los discípulos de San Benito en la arena del catolicismo, á los servicios considerables que ha hecho á la Iglesia, á la lucha que cara á cara ha sostenido con la heregía batiéndola ante sí de provincia en provincia, como se va arrojando á un enemigo de fortaleza en fortaleza, á la espontaneidad y grandeza, en fin, con que convirtió un dia sus monasterios en museos y bibliotecas para dar asilo á las ciencias y á las artes que amedrentadas huían de los campos de batalla.

Pero, antes de entrar de lleno á hojear las páginas de su historia, diremos algo de su fundador San Benito.

La vida de este santo no es una leyenda como la del carmelita de Calabria, no es un poema como la del cartujo Bruno, no es un drama como la del ascético Rancé, es una poesía, una larga y continuada poesía, bella como un canto de Milton, admirable y simpática como uno de los salmos que cantaban los de-terrados de Babilonia á la sombra de los sauces.

A últimos del siglo V y en Nursia, es decir en medio de ese verjel que se llama Italia, nacia un niño al que, como idea de buen agüero y felicidad, po-